

FOREIGN AFFAIRS

EN ESPAÑOL



OTOÑO - INVIERNO 2001
VOLUMEN UNO, NÚMERO TRES

Carta del director

IX

Entrevistas y Comentarios

Globalización: la enfermedad del nuevo milenio (*entrevista*)

3

Hugo Chávez

El presidente Hugo Chávez es escéptico respecto del Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Como ideología del nuevo tiempo para América Latina y el Caribe prefiere el bolivarianismo, al cual son inherentes valores atemporales como democracia, justicia social y equidad. Chávez no se declara globalifóbico, pero prácticamente lo es. Advierte que la globalización es un tipo de fundamentalismo y rechaza la unipolaridad. En el plano internacional es partidario de la autodeterminación de los pueblos y de la no intervención, por lo que critica a los países que intervienen en asuntos internos de otros estados.

Cuba y la eterna guerra fría

29

Jorge I. Domínguez

Los duros en Estados Unidos y Cuba siguen sin escatimar recursos para mantener la Guerra Fría a pesar de que existen avances en materia de cooperación. Ejemplo de ello son la responsabilidad, eficacia y disposición con que se han tratado temas de interés mutuo como migración, narcotráfico y la convivencia en el entorno de la base aeronaval de Estados Unidos en Guantánamo. Es necesario que ambos gobiernos dejen de mostrar el lado irracional de su relación y transiten por donde los guían los destellos de cordura que ya se ven en su sociedad civil.

Los árboles y el bosque: políticas cubanas post Elián

35

Rafael Hernández

La rigidez con la que el aparato gubernamental estadounidense trata la problemática cubana impide el avance de la relación bilateral. Sin embargo, sucesos como el caso Elián sientan precedente para crear vínculos con la sociedad estadounidense

Cuba y la eterna guerra fría

Forge I. Domínguez



“Morir por la patria es vivir”, declara el himno nacional cubano. No es el himno socialista, no es el himno de la revolución de Fidel Castro, sino que así insiste el himno que entonan todos los que quieren llamarse cubanos dentro y fuera de la isla. Los himnos nacionales suelen exagerar, pero los cubanos han tomado el suyo en serio.

Hay quien dice que el mundo vive la Posguerra Fría. Las marchas combatientes que encabeza Fidel Castro por el malecón de La Habana, en desfile militante y de protesta frente a la Sección de Intereses de Estados Unidos en Cuba, nos recuerdan que el gobierno y el partido comunista cubanos siguen dispuestos a movilizar recursos —el tiempo de la gente, el transporte y la gasolina, entre otros— para continuar peleando su “guerra fría” con Estados Unidos (en algunos casos esta movilización sólo consiste en caminar disciplinadamente por una de las calles principales de La Habana).

Exiliados cubanos en Miami, en Nueva Jersey y en otras partes se movilizan con igual fervor en nombre de la misma patria, cantando el mismo himno, pero siguiendo signos ideológicos contrarios, para contribuir a derrocar a Fidel Castro.

El 20 de mayo, el presidente George W. Bush convoca a numerosos cubano-americanos en la Casa Blanca para celebrar el nonagesimonoveno aniversario (1902-2001) de la independencia de Cuba. Washington está orgulloso de haber designado, por primera vez en la historia de Estados Unidos, a un cubano-americano, Melquíades “Mel” Martínez, como miembro del Gabinete y postulado a otro más, Otto Reich, como subsecretario de Estado adjunto de Relaciones Interamericanas.

Cuba, su relación con Estados Unidos y su exilio son museos de la Guerra Fría. Museos al estilo de la película *Parque Jurásico* porque, si no se tiene suficiente cuidado, la resurrección de dinosaurios puede provocar incidentes graves.

Baste recordar lo que otra película hollywoodense, *13 días*, omitió mencionar sobre la tensión vivida en octubre de 1962 cuando Cuba, Estados Unidos y la Unión Soviética llevaron al mundo al borde de la destrucción nuclear. En un momento álgido de la crisis, Fidel Castro envió una carta a Nikita Krushchev recomendándole que, en caso de que Estados Unidos invadiera Cuba con tropas convencionales, la Unión Sovi-

JORGE I. DOMÍNGUEZ es profesor de la cátedra Clarence Dillon de Asuntos Internacionales y director del Weatherhead Center for International Affairs, en Harvard University. Ha sido presidente de Latin American Studies Association (LASA). Entre otras publicaciones, es autor de *Cuba: Order and Revolution* y *To Make A World Safe for Revolution*, ambos editados por Harvard University Press.

tica debería tomar la iniciativa lanzando un ataque nuclear contra Estados Unidos.

Año y medio antes, Estados Unidos había auspiciado, organizado y financiado la invasión a Playa Girón y Playa Larga —operativo conocido como Bahía de Cochinos—, en un fallido intento por derrocar al gobierno de Cuba.

A partir de entonces y durante tres décadas, la respuesta no se hizo esperar. Fidel Castro repitió la estrofa del himno nacional con algunas modificaciones pertinentes al caso; “morir por la patria” se tradujo en: “el deber de todo revolucionario es hacer la revolución”. Así, Cuba envió ejércitos a Angola y Etiopía, un número considerable de tropas a Argelia y Yemen, guerrilleros a Bolivia y Venezuela, y asistencia a docenas de movimientos insurgentes en los continentes del hemisferio sur.

*La patria os contempla orgullosa;
No temáis una muerte gloriosa*

En el ocaso de la década de los ochenta, sin embargo, el fin de la Guerra Fría en Europa afectó a la isla. El derrumbe de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y de los regímenes comunistas de Europa canceló la ayuda política, militar y económica que por tanto tiempo permitió a ese pequeño país del Caribe comportarse como una de las grandes potencias mundiales. Mientras duró, Cuba mantuvo a sus soldados luchando y entonando su himno, como el Quijote frente a los molinos de viento.

La caída del muro de Berlín implicó el inexorable regreso a casa de las tropas cubanas. Ya para 1992, la presencia de militares cubanos en Angola y Etiopía, de asesores militares en Nicaragua o de apoyo material al Frente Farabundo Martí de Liberación

Nacional (FMLN), en El Salvador, eran cosa del pasado.

Para 1992 Estados Unidos pudo gritar ¡Victoria! Su gobierno había pasado mucho tiempo insistiendo en que Cuba debería retirar sus tropas de otros países, abstenerse de apoyar movimientos revolucionarios y cancelar su alianza militar con la URSS. Y logró todos estos objetivos sin calentar la guerra en el estrecho de Florida.

A su vez, el régimen comunista cubano se debilitaba internamente. Pero eso no bastaba, simplemente porque la guerra fría de Estados Unidos contra Fidel Castro significaba algo más que una batalla ideológica entre los dos campos que sobrevivieron a la Segunda Guerra Mundial.

Azuzada por el exilio cubano, la política de Washington hacia Cuba fue también una cruzada fervorosa, un intento de desquite contra un barbudo impertinente, un destello de furia tenaz. En vez de disfrutar su triunfo, durante la década de los noventa Estados Unidos adoptó nuevas leyes para apretar el cerco que, se pensaba, haría explotar el régimen político cubano. La más importante de ellas, la Ley Helms-Burton, habría de ser la llave del anhelado poscastrismo.

En particular esta última, traducida al castellano en La Habana y difundida hasta el tedio por los medios de comunicación, logró convencer a un número suficiente de cubanos de que Estados Unidos, si bien se expresaba en términos de democracia y libertad, realmente buscaba la recuperación de las propiedades de sus empresas, confiscadas hace más de treinta años por un gobierno entonces revolucionario.

Y, aunque Estados Unidos proclamaba su deseo de que Cuba fuese realmente independiente, la Ley Helms-Burton insistía en prescribir los pormenores de la organi-

zación política y económica del poscastrismo, cometido que muchos cubanos consideraban les correspondía determinar a ellos, no a Washington.

En efecto, el 20 de mayo de 2001 marcó otro aniversario de lo que los libros de historia de los hijos de los exiliados cubanos llaman “la independencia de Cuba”. Pero, ¿sabrán esos niños que ése no es el aniversario de la independencia de España sino de la primera ocupación militar estadounidense de Cuba? ¿Recordarán también que fue una conmemoración viciada por la llamada Enmienda Platt, exigida por Estados Unidos para intervenir a su libre albedrío en Cuba? En los libros de texto de los niños de Cuba si se mencionan estos hechos inconvenientes.

Por cierto, ¿alguno de los asesores del presidente George W. Bush le habrá explicado que el aniversario del 20 de mayo —celebrado también con bombos y platillos un poco anticipadamente en la Casa Blanca— recuerda también la frustración por la independencia de Cuba respecto de Estados Unidos, y más aún, que la Ley Helms-Burton se parece demasiado a la Enmienda Platt?

Mucho antes de la revolución de 1959, el poeta cubano Agustín Acosta, quien se exilió a causa del régimen castrista, resumió bien los dilemas de la relación entre Cuba y Estados Unidos al describir el marco económico, político y social de la economía azucarera cubano-estadounidense con una imagen y un sonido: vislumbraba las carretas cargadas de caña, deslizándose hacia el ingenio estadounidense, “rechinan, rechinan”, decía. Hoy, las viejas carretas siguen rechinando.

Como en toda película de la Guerra Fría, la relación entre Cuba y Estados Unidos nunca ha sido sólo lo que parece. Son la

furia, la irracionalidad y el rencor lo que caracteriza gran parte del entramado de esa relación bilateral. A veces, sólo a veces, se aproxima a lo que debe ser. Es entonces cuando, contra lo esperado, asoman destellos de cordura. Así sucedió durante momentos olvidados de los noventa en que, tanto el gobierno estadounidense, con Bush padre y con Clinton, como su homólogo cubano, comenzaron, en ciertos casos específicos, a comportarse con responsabilidad, eficacia y disposición a cooperar en temas de interés mutuo como migración, narcotráfico y la convivencia en el entorno de la base aeronaval de Estados Unidos en Guantánamo.

Las fuerzas armadas de Estados Unidos y Cuba han establecido una relación profesional y respetuosa en el entorno de esta base. Aunque parezca increíble, los comandantes de la base estadounidense y del ejército oriental de Cuba, con la autorización de sus respectivos gobiernos, se reúnen periódicamente construyendo un escenario de confianza cautelosa; intercambian información por anticipado sobre ejercicios militares y movimientos de tropas y adoptan medidas para evitar accidentes de violencia fronteriza. Entre 1996 y 1999, Estados Unidos retiró las 14 000 minas antipersonales que hasta aquel entonces contribuían a la defensa de la base militar, y las sustituyó con detectores electrónicos diseñados no tanto para disuadir un ataque militar cubano como para impedir el ingreso a la base de cubanos indocumentados.

En cuanto al combate del narcotráfico, Cuba y Estados Unidos han puesto en marcha una cooperación todavía incipiente pero ya importante. Altos funcionarios del gobierno estadounidense, entre ellos quien fuera el “zar” del combate al tráfico de drogas, el general Barry MacCaffrey, no sólo

han declarado que no consideraban que sus contrapartes en el gobierno de Cuba fueran cómplices del narcotráfico, sino que Cuba actuaba con energía y eficacia para reprimir el tráfico de estupefacientes en el Caribe. En los hechos, Estados Unidos aporta, principalmente a través de sus guardacostas, su capacidad superior en la recopilación de información, la transmite a los guardafronteras cubanos y éstos arrestan a los narcotraficantes en aguas o en el espacio aéreo del archipiélago cubano. En una palabra, Cuba y Estados Unidos cooperan.

Ambos gobiernos también se apoyan en la prevención de accidentes violentos que algunos exiliados cubanos pudieran provocar para hostigar al régimen cubano. Cuando flotillas de exiliados avanzan sobre la frontera marítima en el norte de Cuba, guardacostas y guardafronteras de ambos países, apoyados por sus respectivas fuerzas armadas, coordinan su acción, rodean la flotilla, impiden pasos o gestos que podrían ocasionar un incidente violento y, conjuntamente, preservan la paz.

Entre septiembre de 1994 y mayo de 1995, La Habana y Washington adoptaron un régimen migratorio bilateral mediante el cual los que alguna vez habrían sido refugiados cubanos serían meros inmigrantes indocumentados. A partir de ese momento, los guardacostas estadounidenses que rescatan balseros cubanos en las peligrosas aguas del estrecho de la Florida tienen el orden de que esas personas normalmente sean devueltas a Cuba. Así ha ocurrido desde entonces, con un promedio de diez repatriaciones por semana.

Este acuerdo migratorio también estableció un mínimo de 20 000 inmigrantes cubanos que Estados Unidos aceptaría al año. En términos políticos, *de facto*, el gobierno estadounidense anuló muchos de

los principales efectos de la Cuban Adjustment Act [ley de ajuste cubano] aprobada en 1966, aunque *de jure* sigue intacta.

Lo cierto es que ni siquiera la controvertida Ley Helms-Burton escapó a esta nebulosa pero eficaz cooperación cubano-estadounidense. El gobierno de Estados Unidos suspendió sistemáticamente, cada seis meses desde marzo de 1996, cuando fue aprobada, la aplicación del tercer capítulo de la Ley Helms-Burton. De entrar plenamente en vigor, ese apartado de la ley permitiría que empresas y ciudadanos estadounidenses acudieran a sus tribunales de justicia para demandar compensaciones por expropiaciones sufridas hace décadas en Cuba. Los demandantes podrían buscar compensaciones de las empresas internacionales que, a partir de finales de la década de los ochenta, han invertido en propiedades en territorio cubano que en algún momento pertenecieron a ciudadanos estadounidenses.

La realidad es que el gobierno de Estados Unidos, reconociendo las virtudes del "paso de tortuga", suspendió también la aplicación del cuarto capítulo de la Ley Helms-Burton que, de aplicarse, impediría el ingreso a Estados Unidos de los hombres de negocios (y sus familiares cercanos) cuyas empresas, dicen, "trafican" en las mismas propiedades expropiadas y no compensadas.

Es curioso, pero con estas dos medidas de excepción, la Ley Helms-Burton, en la práctica, ha sido inoperante, pues los dos capítulos que sí están en plena vigencia se orientan más hacia el reino de lo deseable, ya que se refieren al hipotético fin del castroismo y lo que debería hacerse cuando acontezca.

Juegos barrocos, cierto, pero la lógica y el sentido común han carecido de popula-

ridad en las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. Ambos gobiernos siguen haciendo lo posible por ocultar la realidad de su cooperación bilateral, incluso en el campo militar. Los dos insisten en insultarse con la mayor frecuencia e intensidad posibles. El régimen estadounidense no quiere la "guerra caliente" con Cuba pero, para evitar hostilidades con algunos de sus sectores cubano-americanos, parece requerir que la Guerra Fría continúe en la isla. El gobierno cubano no es numantino; sabe que la "guerra caliente" con Estados Unidos implicaría un suicidio. Pero, ¿cómo retener el apoyo de un pueblo empobrecido, carente de libertades democráticas, si la patria no pelagra ante un coloso agresor?

*En cadenas vivir, es vivir
en afrenta y oprobio sumido*

Nos encontramos ante una paradoja. Cuba es un enemigo políticamente necesario para algunos políticos de la Casa Blanca, y Estados Unidos es un enemigo también necesario para la dirección nacional de Cuba. Los "duros" de ambos países actúan como si quisieran apoyarse entre sí. Fidel Castro y sus enemigos en el exilio pueden seguir entonando la misma estrofa del himno nacional —"morir por la patria es vivir"— seguros de que no es más que una hipérbole, y agradecidos, quizás, de que la Guerra Fría sempiterna les permite, a ambos, seguir haciendo el mismo tipo de política.